

## **Comentario al artículo: La atención naufragante de Lázlo Avila**

Fabio Eslava Cerón<sup>2</sup>

Alicia es una niña curiosa que explora con gran interés lo que la rodea, quiere jugar como todas las niñas solitarias, pero sobre todo quiere conocer. Con la imaginación se encuentra atravesando la bruma que separa su entorno del mundo más allá de la superficie del espejo. Con ingenuidad se aproxima a los reyes del ajedrez primero y luego a diferentes personajes de discurso y conducta difíciles de comprender. Muchas veces debe actuar en el mundo del espejo exactamente al revés de lo que sería lógico. El viaje que Louis Carroll crea para Alicia está lleno de experiencias que podrían ser muy perturbadoras, si no se tratara de un producto de la imaginación, con conciencia de que lo es. El extraño mundo más allá del espejo resulta lleno de incógnitas y de experiencias para Alicia. Ella ha asumido una actitud de aceptación de las distintas lógicas que presencia. Si bien lo hace con una distancia de sus propias reacciones emocionales, transmite durante su aventura que la curiosidad sobrepasa a cualquier angustia. No pierde Alicia su propia identidad, ni se diluye su personalidad en medio de experiencias tan extraordinarias a las que se ve sometida, pero es que al fin y al cabo, se trata de una fantasía.

La experiencia de la psicoterapia psicoanalítica de la psicosis guarda algunas similitudes con el viaje de Alicia al mundo tras el espejo. La transferencia psicótica es temprana y masiva; a menudo violenta. La confusión, fruto de la activación de ansiedades tempranas, amenaza

---

<sup>2</sup> Miembro Titular Asociación Psicoanalítica Colombiana.

tanto al paciente como al analista, y exige que el lazo con la parte sana se mantenga y se fortalezca.

El proceso que se nos permite ver a través de la óptica de un analista, Lazslo Avila, que asume el tratamiento de Eric, es el de una inmersión en la mente aparentemente desordenada y difícil de comprender del segundo; un paciente víctima de una psicosis esquizofrénica. Ellos proponen un encuentro en un espacio, quizá intermedio y transicional, en el que se den los esfuerzos de cercanía y de creación y descubrimiento de un lenguaje común.

Avila invita a su paciente a un proceso en el que estará utilizando los instrumentos psicoanalíticos de encuadre y compromiso de comunicación sin crítica. A su vez tratará de ofrecer una escucha desprevenida a las comunicaciones de su paciente. Nos recuerda planteamientos como el de Boyer (1977), en el sentido de proponer al paciente un tratamiento psicoanalítico clásico, por una parte, y también el de la mayoría de los analistas que consideran que es necesario enfrentar la psicosis con una técnica psicoanalítica modificada, por otra.

A pesar de que su paciente tiene suficiente contacto con la realidad como para cumplir con sus obligaciones laborales y, frente al analista, con lo que se le solicita, muy pronto el terapeuta descubre que sus condiciones han sido aceptadas con sumisión, pero que el discurso de Eric es muy difícilmente inteligible. Él ha venido de un tratamiento psiquiátrico que, según la familia consideró, debía combinarse con un psicoanálisis.

Desde mi visión como psiquiatra psicoanalista, me parece importante afirmar que en los tiempos que corren, psiquiatría y psicoanálisis no son disciplinas contrapuestas. Si bien la psiquiatría a veces se aleja en algunas de sus vertientes de lo psicológico y funda sus esperanzas predominantemente en las medicinas que se formulan a pacientes diagnosticados como esquizofrénicos, los mejores resultados se dan cuando los fármacos protegen la comunicación y facilitan la psicoterapia.

La psiquiatría psicodinámica se sirve de elementos psicoterapéuticos de origen psicoanalítico, y de fármacos y otras medidas enfocadas a proteger al paciente y a su entorno. El precepto freudiano que plantea que un psicoanálisis solamente es posible cuando el sufrimiento neurótico motiva a la persona a someterse al tratamiento, no debe extrapolarse al dolor de la psicosis, ni entenderse como que el alivio sintomático es irrelevante. Si vemos a una persona esquizofrénica encerrada en sí misma porque la interacción humana le resulta dolorosa, el tratamiento psiquiátrico debe ser capaz de favorecer la tolerancia al encuentro y por ende la comunicación terapéutica.

Avila nos cuenta que Eric llega con diagnóstico de esquizofrenia, cosa importante para planear un tratamiento, pero que puede ser algo que resulte contraproducente para la manera como Eric se autodefine y para las respuestas que su ambiente le prodiga. Avila acompaña a su paciente de manera constante y generosa durante dos largos años, tolerando la incertidumbre y la dolorosa confusión que le producen las palabras de Eric, y tratando de mantener la sintonía entre los dos con intervenciones de apoyo y a veces “más de psicoterapia que de análisis”. Las palabras que el paciente produce a borbotones parecen una evacuación de tensiones internas más que intentos de contacto, y la escucha que el disciplinado psicoanalista basa en su “atención flotante”, le parece insuficiente y despistada. Como representante de la realidad, se ve preocupado porque la nave se mantenga a flote a pesar de que no siga un curso pre-determinado y tenga que navegar a la deriva. La sobrecarga de elementos pesados amenaza con sumergir el proceso por encima de su línea de flotación.

Da la sensación de que el ritmo del discurso de Eric cumple con los requisitos para que se le considere una logorrea maníaca. Nos hace preguntarnos si la necesidad catártica de un paciente que se siente suficientemente contenido por su terapeuta, y que por lo tanto se atreve a una regresión masiva, sacrifica la función de enlace comunicativo, o si Eric, a su manera en ese momento, está buscando que Avila no solamente reciba

la deposición de sus contenidos, sino que también le está ofreciendo claves para que comprenda su lenguaje.

Frieda Fromm-Reichman (1961), refiriéndose a las técnicas modificadas de terapia psicoanalítica de las psicosis, relata el descubrimiento de que "...todas las manifestaciones mentales, incluyendo las de los trastornados mentales, son potencialmente significativas, y que existe una interacción interpersonal entre dos personas cualesquiera que se encuentren, incluyendo al paciente mentalmente perturbado y al psicoterapeuta".

Los psicoanalistas partimos de la premisa general, como lo recuerda Hanna Segal (1977), de que "...los fenómenos psicológicos son pasibles de comprensión."

Entonces el analista, como cualquiera que emprenda el psicoanálisis de una persona cuyo pensamiento psicótico se presente de manera tan desorganizada, siente encendidas sus alarmas de ansiedad. Se hace receptor de la proyección de la angustia de su paciente y por momentos sufre la sensación de ser inundado por las olas de la tormenta mental.

Avila acuña el término que presta el título a su artículo de "Atención Naufragante". La angustia del desorden psicótico invade la nave analítica y la lleva a zozobrar. Es un naufragio que produce efectos muy dramáticos en el analista, que se da cuenta de lo difícil que resulta hacer llegar sus interpretaciones al interior de la mente de Eric, y se le hace cada vez más tortuoso el camino de la empatía con elementos tan regresivos. Sin embargo con un esfuerzo de apertura a las comunicaciones de Eric, Avila capta que una de las palabras ininteligibles es nada menos que su nombre pronunciado al revés. Cuando el analista puede comprender que la frase en que aparece el nombre está invertida (como en el espejo) se impone hacernos la pregunta de si otras partes del discurso ininteligible de Eric seguían el mismo patrón.

Eric está al otro lado del espejo de Alicia, (que observaba las palabras reflejadas como escritas al revés) e invita a su analista a acompañarlo en

su regresión. Avila se expone a atravesar el espacio brumoso y tétrico para alcanzar a su paciente y atraerlo hacia la salud, con la angustia de que su instrumento fundamental, la nave de la escucha en atención flotante, naufraga. Hay períodos de marasmo en el que es muy evidente la fusión psíquica de las dos personas. La imagen de un cartel con analista y analizado, fantaseada por el primero, lo lleva a proponer que Eric es real. Éste reacciona confirmando lo intuido por su analista.

Estamos, por supuesto en el campo de los avatares de la contratransferencia, y en un sector en el que la sensación de catástrofe náutica del analista lo alerta sobre lo que está pasando en el mundo interno de su paciente.

La atención libremente flotante es un ideal al que el analista se aproxima de manera asintótica. Es una disposición de apertura que encuentra oposición en la atención focalizada, típica de la taxonomía, en la preocupación, en las teorizaciones y en las necesidades de actuar urgente. Sin embargo, se trata de un instrumento que permite emerger la intuición y el verdadero encuentro entre inconscientes. Los despojos flotantes a que se aferra el náufrago angustiado de la analogía de Avila, se convierten en salvavidas de contacto con la realidad, o si se quiere con la normalidad, cualquiera que sea su significado, pero impiden la inmersión en las profundidades de lo inefable.

## Referencias

- Bryce Boyer, (1977), "La técnica psicoanalítica en el tratamiento de algunos trastornos caracterológicos y esquizofrénicos", en Grinberg, (1977), "Prácticas psicoanalíticas comparadas en las psicosis", Ed. Paidós, Bs. As. Capítulo 1.
- Fromm-Reichman, (1961) "La Psicoterapia y el Psicoanálisis", Ed. Hormé Bs. As. p. 137

Segal, H. (1977) "La obra de Hanna Segal, Un enfoque kleiniano de la práctica clínica", Ed. Paidós. "Enfoque psicoanalítico del tratamiento de la psicosis", 10, p. 173

Contacto:

[feslava2012@gmail.com](mailto:feslava2012@gmail.com)